

que derramaban bañaban el suelo y ellos morían; y esto hacían por género de sacrificio. También se halla que los ingleses ofreciesen hombres en sacrificio, como lo dice Alejandro al fin del libro sexto, haciendo este sacrificio de cautivos.

CAPÍTULO XIV. *De cómo los españoles y andaluces sacrificaron hombres a los demonios, a los cuales adoraban por dioses*



LOS QUE EN ESTOS PRESENTES TIEMPOS NOS preciamos de españoles y blasonamos ser de la más bulliciosa sangre de el mundo y que hacemos ventaja en valor a las otras naciones que por él se hallan, no podremos, a lo menos, negar que si aquéllos incurrieron en ignorancias bárbaras, que no fuesen muy participantes de ellas nuestros antepasados y dichos españoles, porque no hay cosa que por las provincias de la tierra se haya hecho y usado en que ellos también no hayan ido a la parte, mostrándose en esto tan ignorantes y bárbaros como los demás, que errando hacían semejantes desatinos y disparates. Uno de los cuales, como hemos visto en los capítulos pasados, ha sido sacrificar hombres a los demonios, en el cual acto y hecho los dichos nuestros españoles son convencidos, diciendo Estrabón,<sup>1</sup> de los vecinos del río Duero, que sacrificaban de ciento en ciento los hombres, al cual sacrificio llamaban hecatombes; de los cuales sacrificios ofrecían las manos derechas al dios Marte, como en ofrenda preciosa. Tenían por costumbre, para sus agüeros, mirar con atención las asaduras de los difuntos ofrecidos y ninguna cosa de ellas cortaban; pero consideraban mucho las venas de los lados, y dándoles mil vueltas conjeturaban, por las señales que hallaban en ellas, las cosas que querían saber; para cuyo intento había sido hecho el sacrificio. De las tripas de los cautivos sacrificados sacaban sus adivinanzas, las cuales envolvían en unos sayales o jergones, y según hallaban en ellas las heridas así las notaban e interpretaban, y por ellas se prometían los bienes o los males. Esto y mucho más dice Estrabón en su *Geografía*. De los moradores de las sierras y montañas, dice que ofrecían al dios Marte, en sacrificio, los cautivos que prendían en la guerra y los caballos juntamente; los cuales también acostumbraron ofrecer todo género de cosas, en centenarios, como era costumbre, o según la costumbre gregánica. Dice más Estrabón, ser propio de los españoles ofrecerse en sacrificio, por sus amigos y hacer voto de morir por ellos.

Los andaluces, gente en aquellos tiempos más simple y pacífica que otra alguna, comenzaron el uso y costumbre de los sacrificios, cuando les entraron las tierras y rincones los fenices que vinieron al olor y reclamo del oro y plata, que por aquellas riquísimas provincias había. Esta mala costumbre se les pegó, como lepra o sarna, de la mucha conversación y familiaridad que tuvieron con los dichos cartagineses, fenices y africanos, aprendiendo

<sup>1</sup> Strab. lib. 3.

de ellos, así como otras muchas cosas y costumbres, ésta tan diabólica e inhumana; la cual tomaron fácilmente, como sea verdad que el hombre sea naturalmente inclinado a reconocer un Dios y adorarle con actos interiores y exteriores, como dejamos probado,<sup>2</sup> para cuya introducción y conservación de ritos y ceremonias traían los cartagineses sus ministros y sacerdotes. Enseñáronles a adorar sus ídolos, dándoles ciertas figuras o imágenes nuevas, cuyos nombres ellos hasta entonces no habían oído, ni visto semejantes hechuras o imágenes. El principal sacrificio que les enseñaron fue el universal, de que han usado todas las naciones, de sacrificar hombres y aplacar a los dioses con sangre humana; del cual sacrificio no estaban libres sus mismos hijos, siendo muy niños; y echaban el sello a esta locura, con pensar que lo forzoso y bueno del sacrificio era que los sacrificados fuesen los primogénitos, y de éstos los más hermosos y lindos.

Si esto fuera en servicio de Dios, y supieran ser su voluntad que se los sacrificaran, no iban mal guiados en darle lo mejor en sacrificio, pues es una de las condiciones de la ofrenda la pureza y bondad de la cosa sacrificada y ofrecida, lo cual se nota en el sacrificio de Abel,<sup>3</sup> que fue escogido y por la misma razón aceptado; pero erraban en ofrecer al demonio, siendo cosa tan sucia y puerca, cosas puras y limpias, y siendo tan feo buscarle niños lindos y hermosos; y aunque se las ofrecían al que creían que era Dios, pudieran creer que Dios no quería semejantes cosas, ni que en sus altares mueran hombres, ni se manchen con sangre humana; que si lo quisiera, en todas las edades y tiempos lo mostrara y manifestara; y si alguna vez lo ha querido, no ha sido sino un amago, como vimos en el sacrificio de Abraham, en cuyo lugar fue ofrecido un carnero. Y si Sansón murió, fue por particular voluntad de Dios y porque así convino para castigo de aquellos blasfemos de su santísimo nombre, en cuyo menosprecio burlaban y escarnecían del preso y ciego; y como cosa que no ha querido, ni quiere, no lo ha usado. Y en la singularidad de este caso (sin saber que haya sucedido otro) se echa muy bien de ver lo que Dios lo ha aborrecido y lo mal que su majestad santísima siente de él y cuán bárbaros han sido los hombres que lo han cometido y cuánta merced ha hecho Dios al linaje humano en haberlo sacado de una servidumbre tan penosa, sujetándolo a ley dulce y suave, donde por mandamiento expreso no sólo no consiente en muertes de hombres, pero manda que no mueran matándose unos a otros.

Volviendo al propósito, y queriendo el demonio entablar esta mala costumbre en España, sucedió (permitiéndolo así Dios, por sus ocultísimos juicios) que vino grandísima pestilencia y mortandad por toda la tierra y otros trabajos e infortunios. Con estos trabajos y pestes morían muchas gentes, y las que quedaban vivas vivían asombradas y espantadas. A esta sazón y coyuntura, acudieron los sacerdotes de Cartago con su falsa doctrina, animándolos e informándolos en ella y persuadiéndoles que el mejor y último remedio, para escapar de aquel peligro y azote divino, era matar

<sup>2</sup> Supra lib. 6. cap. 3 y 3.

<sup>3</sup> Genes. 4.

hombres, para que muerte de hombres con muerte de hombres cesase; lo cual se hizo y quedó por costumbre, y el demonio muy ufano de verse servido en España con este género de servicio tan introducido en el mundo. En otros trabajos, no tan graves y penosos, les enseñaron no ser necesarios semejantes sacrificios, sino sólo derramar sangre de los miembros de sus cuerpos a la manera que estos indios lo han usado, como en su lugar veremos. Todo esto refiere Florián de Ocampo en su *Historia general de España*. Y aunque no he hallado autor antiguo que así lo exprese, es razón darle crédito a su mucha autoridad, de la cual creo lo vería en libros y relaciones que yo no he visto ni tenido noticia; el cual añade, que con esta vida y costumbres se pasaron en aquella provincia algunos años.

El que compuso la historia de España, en tiempo del rey don Alonso el Sabio, cuenta, que después de la muerte de Pirros, rey de España, señoreándola los griegos, vinieron ciertas gentes a ella llamadas almonices, que adoraban al fuego por dios; los cuales usaban en manera de sacrificio, luego que les nacían los hijos, hacer fuego de leña muy seca, de manera que la llama fuese clara y sin humo, por la cual pasaban al niño desnudo en cueros por cuatro partes, en manera de cruz, moviendo esta cruz o su semejanza, de oriente a poniente y de norte a sur; lo cual hacían como en manera de bautismo; y cuando los hombres eran viejos y de tanta edad que ya estaban hartos de vivir la vida o no querían vivirla y deseaban ir a descansar de ella (aunque no iban sino a nueva vida y de mayores e infinitos tormentos), echábanlos en aquel fuego y allí se quemaban y morían; y creían que luego iban a gozar de bienaventuranza y de la presencia de los dioses, a los cuales entendían que servían y agradaban con aquel género de sacrificio. Este sacrificio fue antes usado en Caldea; y de lo dicho parece ser cosa probable a la gente española, que por aquellos tiempos vivía, habérsele pegado esta mala roña y ritos de estos almonices que, según allí se dice, señorearon a los españoles cuarenta años y, como señores, introducirían sus costumbres.

CAPÍTULO XV. *De cómo los del pueblo de Dios también cayeron en esta ceguedad de ofrecer sangre humana y sus propios hijos al demonio*



QUE LAS GENTES DE AQUELLOS SIGLOS ANTIGUOS, que vivieron sin lumbre de fe y dejadas de la mano de Dios, en aquellas obscuras tinieblas de su ignorancia, tuviesen tantos errores y cometiesen tantos delitos como vamos probando y otros inmensos y sin cuento que no contamos, no es maravilla; porque gente dejada de la mano de Dios, por sus merecidos pecados, esto y más hará. Pero gente escogida de Dios, pueblo querido, sacerdocio real, como dice San Pedro,<sup>1</sup> hijo amado, al cual llamó de Egipto,

<sup>1</sup> 2. Petri.